

El 5 de octubre de 1910, mientras Porfirio Díaz prepara la celebración del centenario de la Independencia con los fastos inigualados de la monarquía absoluta, un acontecimiento sin precedentes en la historia del mundo altera México, donde nada ha cambiado desde la caída de los reinos indios en manos de los conquistadores españoles. Al llamamiento de Francisco Madero -el «plan de San Luis» que anula la elección fraudulenta de Porfirio Díaz y da la señal de la insurrección- el pueblo se rebela y sume al país en una guerra breve y furiosa, que cuesta más de un millón de muertos y derroca el orden establecido.

La Revolución mexicana es la primera revolución social que anuncia la de Rusia y marca el principio de los tiempos modernos. Es un movimiento espontáneo que recorre el conjunto del país, porque los campesinos son sus verdaderos actores. En México, en 1910, el paisaje es el mismo que han dejado los colonos españoles: inmensa masa rural aplastada por los grandes propietarios, alienada por un puñado de señores y sus milicias. Quince hacendados se reparten propiedades gigantescas -como la hacienda de San Blas, en Sinaloa, o la de Progreso en Yucatán, que cuentan más de un millón de hectáreas- sobre las que reinan como amos absolutos, en las que poseen ríos y poblados indios, y tan vastas que tienen que desplazarse gracias a sus propios ferrocarriles. Su fortuna es inimaginable. Reclutan a sus preceptores en Inglaterra, envían a lavar su ropa a París y mandan traer de Austria sus gigantescas cajas de caudales.

México sigue siendo una tierra conquistada donde dominan los extranjeros, que se reparten los imperios comerciales: las minas y las fábricas de cemento, los norteamericanos; el armamento y la quincallería, los alemanes; la alimentación, los españoles; los tejidos y los comercios al por mayor, los franceses -las célebres *barcelonettes**. Ingleses y belgas tienen el monopolio de los ferrocarriles, y los campos petrolíferos están en manos de dinastías norteamericanas, los Doheny, los Guggenheim, los Cooke.

El México de Porfirio Díaz vive a la hora europea. El arte y la cultura se inspiran en modelos occidentales. En México, el dictador ha reproducido las perspectivas parisinas, y en todas las ciudades hay quioscos austriacos donde se tocan valsos y contradanzas. El arte, el folclore y la cultura indígena son objeto del más profundo desprecio, salvo las referencias obligadas al prestigioso pasado de los aztecas que inspira al pintor Saturnino Herrán cuadros a la manera antigua, en los que los indios van vestidos como guerreros hoplitas y las tehuanas como matronas romanas.

(* Cunas de niño, ligeras y de dos pies en forma de creciente. (N *del T.*))

El gusto de ese fin de reinado es de un «pompiérismo» siniestro y ridículo a un tiempo. La mayor parte de escritores y artistas, desde Vasconcelos a Alfonso Reyes, desde Siqueiros a Orozco, huyen de ese clima asfixiante de arte cortesano y van a buscar a Europa el aire de la libertad.

La revolución que estalla al llamamiento de Madero no es una llamarada de violencia gratuita. Es imperiosa y trágica, una ola nacida del abuso de los conquistadores y de la violación de la conciencia india, hinchada por una necesidad que ya tiene cuatrocientos años. Los dos hombres que encarnan esa revolución no tienen equivalente en la historia. Violentos, incultos, intransigentes, son verdaderamente los símbolos del pueblo mexicano. La ola revolucionaria los eleva a lo más alto, los lleva hasta el Palacio Nacional, en la plaza mayor de México donde en otro tiempo reinaron los señores de esencia divina de los antiguos tenochcas, y los virreyes españoles.

En *su México insurgente*, el cronista John Reed escribe del rebelde Francisco Villa, simple vaquero convertido en general de la «división del Norte»: «Es el hombre más natural que he conocido. Natural, en el sentido en que está lo más cerca posible del animal salvaje.»

Emiliano Zapata, el «Atila del Sur», es el romántico absoluto de la revolución, el indio que lucha «por la tierra y por la libertad» con su ejército de campesinos provistos de machete, tocados con sus sombreros en los que va prendida la imagen de la Virgen de Guadalupe. «Alto, delgado -escribe Anita Brenner en 1929-, con un traje negro sin adornos, con un pañuelo rojo sangre alrededor del cuello; su cara huesuda, donde la piel atenúa las aristas, está formada por un triángulo invertido cuya punta es el mentón; sus ojos grises y su mirada velada, distante,

están a la sombra del muro de su frente; su boca firme, silenciosa, de un modelado sensual, está rematada por un enorme bigote cuyas puntas caen como las de un mandarín chino.» (Idóls *benind Altars*, pág. 216.)

Cuando en México estalla la revolución, Diego ya tiene veinticuatro años, y la distancia -su búsqueda de un arte más libre, en el París del cubismo- le impide tomar parte en los acontecimientos. Sólo puede aplaudir la marcha del viejo tirano que, ironía del destino, elige para su exilio la ciudad en que se encuentra el pintor que exaltará la revolución. En el momento del llamamiento de Madero, Frida Kahlo tiene tres años, y su vida en Coyoacán apenas se ve turbada por los sucesos de México.

De hecho, los dos, Diego y Frida, son ante todo provincianos. El, de Guanajuato, ha nacido en la atmósfera arcaica de esa ciudad minera donde se practica una familiaridad algo desdeñosa con el mundo indio. Ella es de Coyoacán, ciudad a la que su madre Matilde llama la «aldea», y que ha crecido al ritmo teñido de tristeza de la ciudad del «Marqués» Hernán Cortés, donde los únicos acontecimientos son los días de mercado semanales, y el único movimiento el de los campesinos indios llegados de las aldeas de alrededor, Xochimilco, San Jerónimo, Iztapalapa, Milpa Alta.

Para Diego, como más tarde para Frida, el punto de atracción es México. No la megalópolis actual, trampa para los condenados de la era industrial, sino esa ciudad deslumbrante, ligera, efervescente, en la que, al día siguiente de la revolución, se encuentran los estudiantes, los aventureros, los enamorados, los maestros del pensamiento y los ambiciosos políticos, los teóricos del arte y los aprendices de la modernidad.

Al día siguiente de la revolución, la capital mexicana se ha convertido de pronto en una ciudad abierta. Los formidables movimientos de la muchedumbre invadiendo el centro y la plaza del Zócalo tras los insurgentes de Villa y de Zapata han abierto el camino. Cada día llegan campesinos y curiosos de todos los rincones del país para recorrer las calles, ir a los mercados y jardines públicos, reunirse en torno a los monumentos reservados antes a la élite, conocerse y reconocerse. Los comercios ambulantes se multiplican, lo mismo que los restaurantes al aire libre, los hoteles baratos y los transportes colectivos. Los mexicanos descubren de golpe su identidad, su arte y su música popular. Ya circulan los corridos, esa poesía espontánea que celebra a los héroes de la revolución.

El México de Diego y Frida. Una ciudad donde hierve la creación, la invención, la novedad. Sin duda ninguna ciudad habrá sido tan revolucionaria, sinónimo de faro para los pueblos oprimidos de América. Un lugar tan importante, durante ese decenio 1920-1930, tan fértil para el arte y las ideas como lo fueron Londres en tiempos de Dickens o París en la *belle époque* de Montparnasse.

En agosto de 1926, cuando los obreros reparaban un ala del Palacio Nacional, sacaron a la luz los restos de la gran pirámide de México-Tenochtitlán, en cuya cima hay una piedra representando al sol -de este modo se cumplía una antigua profecía que anunciaba el retorno del poder ancestral el día en que renaciese el gran templo rematado por el sol. Ese descubrimiento, que tiene lugar en el momento en que Diego Rivera inicia los frescos de la Escuela Nacional de Agricultura en Chapingo, tiene un valor simbólico. Ha llegado el momento de que se cumpla la renovación de la cultura india.

Sin embargo, la idea no es nueva: heredado de la era de Maximiliano, el indigenismo tenía algo reaccionario que pertenecía al espíritu de casta de la colonia española. Por otro lado, la celebración excesiva del pasado azteca -el pomposo monumento erigido a Cuauhtémoc, último rey de México, a finales del siglo XIX- era un señuelo que servía para enmascarar la condición miserable de los supervivientes de las naciones indígenas. En el momento en que se decoraba la estatua del joven héroe de la resistencia azteca, el Gobierno de Porfirio Díaz deportaba a los indios yaquis a La Habana, y las tropas del general Bravo arrasaban a sangre y fuego los poblados de los mayas cruzoob en Quintana Roo.

En cierto modo, Diego y Frida han encarnado los vicios y las virtudes de esa época en que se reinventan los valores mexicanos, el arte y el pensamiento de las civilizaciones prehispánicas.

Diego es uno de los primeros en afirmar el vínculo entre el devenir revolucionario de México y su pasado indio: él mismo escribe que, para los antiguos mexicanos, «cada acción, desde los rituales esotéricos de los sumos sacerdotes hasta las tareas más humildes de la vida cotidiana, estaba llena de belleza sagrada. Para ellos las piedras, las nubes, los pájaros o las flores eran fuentes de delicias y manifestaciones de la gran Materialidad» 1.

(1 En Bertram Wolfe, *Diego Rivera*, Nueva York, 1979, pág. 103.)

Diego y Frida consagrarán toda su vida a la búsqueda de ese ideal del mundo amerindio. Es ese ideal el que les da su fe revolucionaria, y el que hace brillar entonces, en el centro de un país asolado por la guerra civil, el esplendor único del pasado como una luz que atrae las miradas de toda América y simboliza la promesa de una nueva grandeza.

El México de Diego y Frida es una ciudad completamente vuelta hacia el exterior, que les ofrece todo, una galería de exposición cuyas calles son las obras en marcha.

Es aquí, en el corazón de esa ciudad, en un perímetro restringido (entre las calles Argentina y Moneda, el Zócalo, el jardín de la Alameda y la calle Dolores) donde van a desarrollarse los sucesos que marcarán su vida. Es la calle Argentina, en la Escuela Preparatoria, donde Diego empieza a pintar sus frescos, y es ahí donde conoce a Frida. El Ministerio de Educación está a dos calles, en la esquina de Argentina y Belisario Domínguez. El mercado de San Juan, frente al que Frida ha sufrido un accidente de autobús, está a seis calles, al oeste del Zócalo, y el hospital adonde la llevan está al otro lado de Reforma, cerca de San Cosme. El Palacio Nacional al que Diego consagra casi treinta años de su vida esta en el corazón de la ciudad, allí donde en otro tiempo se alzaban los palacios de Moctezuma, señor de México-Tenochtitlán. Y el palacio de Bellas Artes, especie de catafalco blanco donde Diego y Frida recibirán, cada uno en un momento distinto, el último homenaje del pueblo mexicano, sólo está a unos pocos pasos del jardín de la Alameda donde cada tarde se rezagan los enamorados.

Hay algo milagroso en esa connivencia entre la ciudad y esta pareja de pintores procedentes de la provincia, unidos en la misma fe revolucionaria, para glorificación del pasado amerindio de México.

Entonces todo parece posible. Una invencible juventud emana de la ciudad, de cada monumento, de cada rostro. Ninguna otra nación se ha enfrentado con tanto ardor al poder del dinero y a las amenazas armadas de los imperialistas. Todas las ideas y las alusiones de ese tiempo juvenil nacen en México y en ninguna otra parte: el arte popular, el renacimiento indio, la creencia en una era nueva donde los pueblos oprimidos del Sur al fin verían a las potencias privilegiadas del Norte hacerles justicia. Es realmente el instante histórico de la revolución -cuando aún están presentes en todos los espíritus las imágenes fulgurantes de los insurgentes marchando por las calles de la capital- desde la Independencia, primera esperanza de las naciones abrumadas por la fatalidad de la pobreza y de la injusticia.

La historia de Diego y Frida -esa historia de amor inseparable de la fe en la revolución- esta viva todavía hoy porque se mezcla con la luz particular de México, con el rumor de la vida cotidiana, con el olor de calles y mercados, con la belleza de los niños en las casas polvorientas, con esa especie de languidez nostálgica que se demora en el crepúsculo sobre los antiguos monumentos y los árboles más viejos del mundo.

Las verdaderas obras maestras no cambian, no envejecen. Hoy, en un mundo que ha conocido tantas desilusiones, cuando la belleza de las culturas amerindias es abofeteada cada día por la uniforme fealdad de los imperios mercantiles, las imágenes que Diego y Frida nos han dejado -imágenes de amor, de búsqueda de la verdad, en las que la sensualidad se mezcla siempre con el sufrimiento- siguen siendo igual de fuertes, igual de necesarias. En la historia de México, continúan brillando como brasas vivas, y sus resplandores son las puras joyas de los niños pobres sin recursos.